

OPCIÓN A

1. En este texto, Aristóteles expone su concepción de la virtud como un término medio entre dos extremos viciosos: el exceso y el defecto. Para el filósofo, los seres humanos pueden errar de muchas maneras, pero solo hay una forma correcta de actuar, y esa es la que representa la virtud. Esta idea resalta que los vicios se encuentran en los extremos, mientras que la virtud es difícil y exige equilibrio. Además, la virtud no es innata ni momentánea, sino un hábito adquirido que se forma a través de la repetición de actos justos, y que debe ser guiado por la razón. La razón práctica, especialmente la prudencia, permite determinar cuál es ese punto medio adecuado en cada situación concreta. Es decir, el término medio es relativo a nosotros, no una medida universal, y debe ajustarse a las circunstancias personales. La virtud, por tanto, requiere discernimiento y elección consciente, no simplemente moderación. Aunque se define como un equilibrio, desde el punto de vista del bien, la virtud representa un extremo positivo, ya que es lo mejor que el ser humano puede alcanzar. Todas estas ideas se relacionan al mostrar que la virtud es un punto racional de equilibrio entre dos errores posibles, y a la vez, el camino hacia la excelencia y la felicidad.

2. En la Filosofía Antigua, uno de los problemas fundamentales fue la relación entre conocimiento y realidad, es decir, cómo podemos conocer el mundo y qué grado de verdad tiene ese conocimiento. Un autor central en este debate fue Platón, quien desarrolló su teoría del conocimiento en estrecha relación con su concepción de la realidad. Para Platón, el conocimiento verdadero (*epistémē*) no puede proceder de los sentidos, ya que el mundo sensible está en constante cambio y solo nos ofrece opiniones (*dóxa*), no certezas. Frente a este mundo cambiante, Platón postula la existencia de un mundo inteligible o de las Ideas o Formas, real, eterno e inmutable, al que solo se puede acceder mediante la razón. Las Ideas son las esencias perfectas de todas las cosas: justicia, belleza, igualdad, etc. Así, conocer consiste en recordar (teoría de la reminiscencia) las Ideas que el alma ya conocía antes de unirse al cuerpo. En su célebre alegoría de la caverna, Platón representa al ser humano como alguien que vive en la oscuridad del mundo sensible, confundiendo sombras con la realidad, y que solo puede alcanzar el conocimiento verdadero si se libera y contempla la luz del mundo inteligible. De este modo, en Platón, la realidad auténtica no es la que

percibimos con los sentidos, sino la que captamos con la razón, y solo esa realidad puede ser objeto de un conocimiento verdadero y universal.

3. En la época Medieval, el problema del ser humano fue abordado desde una perspectiva teológica y filosófica, donde el pensamiento cristiano jugó un papel central. Uno de los autores más influyentes fue San Agustín de Hipona, quien reflexionó profundamente sobre la naturaleza, el origen y el destino del ser humano. Para San Agustín, el ser humano es una unidad de cuerpo y alma, siendo el alma la parte más importante, pues es inmortal, racional y está destinada a unirse con Dios. Influido por Platón, consideraba que el alma tenía prioridad sobre el cuerpo y que su misión era buscar la verdad y el bien, que se identifican con Dios.

Sin embargo, San Agustín también reconoció el conflicto interior que define al ser humano: el deseo de hacer el bien frente a la inclinación al mal, producto del pecado original. Esta división interna provoca que el ser humano no siempre actúe de acuerdo con la razón y necesite la gracia divina para orientarse hacia Dios y alcanzar la salvación. La libertad humana juega un papel esencial: aunque el ser humano es libre, solo con la ayuda de Dios puede elegir correctamente.

Además, San Agustín subraya la importancia de la interioridad: "no salgas fuera, vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad", decía. Esta búsqueda interior es el camino hacia el conocimiento de uno mismo y de Dios. En definitiva, para San Agustín, el ser humano es un ser caído pero redimible, cuya verdadera realización se encuentra en su unión con Dios mediante la razón, la fe y el amor.

4. En la época Moderna, la filosofía política planteó la necesidad de justificar racionalmente el origen y la legitimidad del poder, así como el orden social que debe garantizar la libertad y la justicia. Immanuel Kant, uno de los grandes pensadores ilustrados del siglo XVIII, elaboró una teoría política basada en la autonomía moral y la razón práctica. Para Kant, el ser humano es un ser libre y racional que debe actuar conforme a principios que pueda querer como leyes universales, según el principio del imperativo categórico. Por ello, la sociedad debe estar organizada mediante leyes justas que respeten la libertad de todos sus miembros. Estas leyes deben ser producto de la razón colectiva y garantizar la libertad civil, entendida como la coexistencia armoniosa de las libertades individuales sin que ninguna invada la libertad ajena. Kant defiende un sistema político republicano, caracterizado por la

separación de poderes y el respeto a los derechos fundamentales, donde el Estado no sea un instrumento arbitrario sino una institución al servicio de la justicia. La legitimidad del poder reside en que las leyes emanen de una voluntad colectiva racional, no de la imposición autoritaria o la tradición.

Además, Kant sostiene que la política debe estar subordinada a la moral, pues el ejercicio del poder solo es legítimo si se ajusta a principios éticos universales. En su ensayo La paz perpetua, propone la creación de una federación de Estados libres, que colaboren para mantener la paz mundial y evitar la guerra, entendida como una amenaza constante en la historia. Esta federación estaría basada en el respeto mutuo, el derecho internacional y la defensa de los derechos humanos. Kant plantea que la sociedad y la política deben basarse en la libertad, la igualdad y la moralidad, bajo un Estado de derecho donde los ciudadanos sean verdaderos sujetos autónomos que participan en la creación de las leyes. Su pensamiento influyó decisivamente en las democracias modernas y sigue siendo un referente esencial en la reflexión sobre la justicia y la política.

5. Friedrich Nietzsche, filósofo alemán del siglo XIX, plantea una crítica radical a la idea tradicional de Dios, especialmente a la figura del Dios cristiano, cuyo papel central en la cultura y la moralidad ha marcado la historia occidental. Para Nietzsche, Dios ha muerto, una afirmación que simboliza la pérdida de la fe en las creencias religiosas tradicionales como fundamento último de la verdad, la moral y el sentido de la vida. Esta “muerte de Dios” refleja la crisis cultural y espiritual de la modernidad, en la que los valores absolutos basados en la religión ya no tienen autoridad.

La desaparición de Dios, según Nietzsche, provoca un vacío profundo en el que surge el nihilismo, entendido como la sensación de que la vida carece de sentido, propósito y valores objetivos. Este nihilismo puede llevar a la desesperación y al estancamiento, pero también representa una oportunidad para que el ser humano supere las antiguas creencias y asuma la responsabilidad de crear sus propios valores. Nietzsche critica duramente la moral tradicional, a la que llama “moral de esclavos”, porque promueve valores que niegan la vida y la voluntad de poder. Frente a esto, Nietzsche propone la figura del superhombre (Übermensch), un ideal humano que supera el nihilismo mediante la afirmación activa de la vida y la creación de nuevos valores. El superhombre no se somete a normas externas, sino que es capaz de

imponer su propia voluntad y construir un sentido personal y auténtico. Para Nietzsche, la muerte de Dios no debe ser vista como una tragedia definitiva, sino como un desafío liberador que impulsa al ser humano a vivir con mayor libertad y creatividad. En conclusión, el problema de Dios en Nietzsche es un problema existencial y cultural que implica la crisis de los valores tradicionales y la necesidad de una transformación radical en la manera de entender la vida y el sentido humano. Su pensamiento invita a una ruptura con el pasado para abrir camino a nuevas formas de ser y de pensar.

OPCION B

1. En este fragmento, Ortega y Gasset reflexiona sobre la naturaleza de la realidad y cómo nuestra percepción de ella está condicionada por la perspectiva desde la que la observamos. Aunque dos personas puedan mirar el mismo paisaje, no verán exactamente lo mismo, porque cada una está situada en un lugar distinto que determina qué aspectos del paisaje se destacan y cuáles quedan ocultos o borrosos. Lo que para uno se encuentra en primer plano, con detalles nítidos y claros, para otro puede estar en un segundo plano, oscuro o parcialmente oculto. Esta diferencia se debe a que los elementos del paisaje se superponen y tapan parcialmente a otros, limitando así lo que cada observador puede percibir. Ortega defiende que no tendría sentido que cada uno declare falso el paisaje que percibe el otro, pues ambas percepciones son reales y legítimas desde su punto de vista particular. Tampoco sería razonable suponer que existe un paisaje “auténtico” o “objetivo” independiente de las perspectivas individuales, ya que la realidad cósmica solo puede ser vista desde un punto de vista concreto y limitado. Por ello, la perspectiva no es un simple accesorio o distorsión de la realidad, sino un componente esencial de ella. Esta idea implica que la verdad y la realidad son relativas y múltiples, y que el conocimiento está siempre condicionado por la posición desde la que se mira. En definitiva, Ortega invita a aceptar la pluralidad de visiones como una

característica fundamental tanto del mundo como del conocimiento humano.

2. En la filosofía de la época Antigua, uno de los temas centrales fue el problema del ser humano, entendido como la reflexión sobre su naturaleza, su condición y su destino. Platón, uno de los filósofos más influyentes de este periodo, propuso una visión dualista del ser humano que sigue siendo fundamental en la tradición occidental. Según Platón, el ser humano está compuesto por dos partes: el cuerpo y el alma. El cuerpo pertenece al mundo sensible, un mundo de cambio y apariencia, mientras que el alma pertenece al mundo inteligible, eterno e inmutable. Para él, el alma es la verdadera esencia del ser humano y su destino es liberarse del cuerpo y retornar al mundo de las Ideas o Formas, especialmente a la Idea del Bien, que representa la máxima verdad y realidad.

Esta concepción implica que la vida terrenal es una especie de prisión para el alma, que sufre al estar encadenada a un cuerpo mortal y sujeto a pasiones e ilusiones. Por ello, el problema fundamental del ser humano es lograr el conocimiento verdadero y la sabiduría, que sólo se alcanzan a través de la filosofía y la razón. La educación y el cultivo del alma son el camino para superar la ignorancia y las emociones desordenadas, permitiendo que el alma recupere su pureza y alcance la felicidad auténtica. Así, la ética y la metafísica están estrechamente unidas en la concepción platónica del ser humano, que ve en la virtud y la sabiduría el camino hacia la realización plena de la persona.

Para Platón el problema del ser humano no sólo es una cuestión ontológica, sino también moral y espiritual: entender qué es realmente el ser humano, cuál es su esencia y cómo debe vivir para alcanzar su verdadera felicidad y plenitud. Esta reflexión ha marcado profundamente la tradición filosófica occidental y sigue siendo objeto de estudio y debate hasta hoy.

3. Durante la época Medieval, el problema de Dios ocupó un lugar central en la filosofía y la teología, siendo Santo Tomás de Aquino uno de sus máximos exponentes. Tomás intentó conciliar la fe cristiana

con la razón mediante una filosofía basada en la tradición aristotélica. Para él, Dios es el ser supremo, eterno, infinito y causa primera de todo lo que existe. Uno de los principales problemas que abordó fue demostrar racionalmente la existencia de Dios, lo cual intentó a través de las famosas “cinco vías”, argumentos que parten de la observación del mundo natural para concluir en la necesidad de un ser necesario que explique el origen y el orden del universo.

Además, Aquino reflexionó sobre la naturaleza de Dios, afirmando que Dios es simple, sin partes ni composición, y que su esencia es idéntica a su existencia, es decir, Dios es ser en acto puro. También sostuvo que Dios es el fundamento último del ser y del orden moral, fuente de la ley natural que guía la conducta humana. El problema de Dios en la Edad Media no sólo se limitó a su existencia, sino también a cómo es posible conocerlo, relacionarse con Él y entender su voluntad en un marco de fe y razón. Santo Tomás defendió que, aunque Dios trasciende la comprensión humana, es posible conocer algunos aspectos de su naturaleza a través de la razón y la revelación.

En resumen, en la época Medieval el problema de Dios giró en torno a su existencia, naturaleza y relación con el mundo, con pensadores como Santo Tomás de Aquino que intentaron establecer un puente entre la teología y la filosofía, fundamentando la fe en argumentos racionales y estableciendo a Dios como principio y fin de toda realidad.

4. Durante la época Moderna, David Hume, filósofo escocés del siglo XVIII, planteó una visión innovadora sobre el problema de la ética que rompía con la tradición racionalista predominante. Hume defendió que la moralidad no se fundamenta en la razón, sino en los sentimientos y emociones humanas. En su obra, argumenta que la razón es “esclava de las pasiones” y que los juicios morales no derivan de deducciones lógicas ni de principios universales, sino de la capacidad humana para experimentar simpatía y sentimientos como la benevolencia, el agrado o el desagrado hacia determinadas conductas. Según Hume, la ética surge del sentido moral natural que permite a las personas compartir emociones y evaluar las acciones según el placer o el dolor que causan a otros.

Para él, las acciones son moralmente buenas cuando generan felicidad o bienestar, y malas cuando producen sufrimiento o daño. Este enfoque implica que la moralidad es esencialmente subjetiva y depende de la naturaleza humana y sus emociones, no de verdades objetivas o leyes universales. Además, Hume destaca el papel fundamental de la empatía y la sociabilidad como bases para la cooperación y la convivencia en sociedad. La razón, aunque necesaria para entender el mundo, no es suficiente para motivar la conducta moral, que se basa en el afecto y la sensibilidad hacia los demás.

El problema central que plantea Hume en la ética es, por tanto, cómo justificar la moralidad sin recurrir a la razón como fundamento último, lo que abrió la puerta a una ética basada en la experiencia y las emociones, y cuestionó las pretensiones de una moral universal y objetiva. Su pensamiento influyó en corrientes posteriores, como el utilitarismo y el emotivismo, y sigue siendo una referencia clave en la reflexión moral contemporánea. En definitiva, Hume redefinió la ética como una cuestión de sentimientos compartidos y naturaleza humana, poniendo en valor la importancia del contexto social y afectivo en el juicio moral.

5. En la época Contemporánea, Hannah Arendt se ocupó profundamente del problema de la sociedad y la política, especialmente en el contexto de las dictaduras totalitarias del siglo XX. Para Arendt, el principal problema político reside en la pérdida del espacio público y la desaparición de la acción política auténtica, entendida como el ejercicio libre y plural de la libertad y el diálogo entre ciudadanos. Arendt advierte que la política verdadera requiere la participación activa y responsable de los individuos, donde la diversidad y la capacidad de deliberar sean fundamentales para la vida en comunidad.

En su análisis sobre el totalitarismo, Arendt muestra cómo regímenes como el nazismo y el estalinismo destruyen la esfera pública, eliminan la libertad y suprimen la pluralidad humana, reduciendo a los individuos a meros instrumentos del poder. Además, reflexiona sobre la “banalidad del mal”, concepto que describe la capacidad de



personas comunes para cometer atrocidades al obedecer órdenes sin cuestionar la autoridad o la moralidad de sus actos, lo que revela un grave problema ético y político en las sociedades modernas.

Arendt también destaca la importancia del juicio y la responsabilidad individual en la política, señalando que la falta de reflexión crítica y la indiferencia frente al poder pueden conducir a la erosión de la democracia y a la instauración de regímenes autoritarios. Para ella, la solución pasa por revitalizar el espacio público, fomentar la participación ciudadana y defender los derechos humanos como pilares esenciales para una sociedad libre y plural.

En resumen, para Hannah Arendt, el problema de la sociedad y la política en la modernidad es la amenaza a la libertad y la pluralidad causadas por el totalitarismo y la apatía, y la necesidad urgente de recuperar una política basada en la acción, el diálogo y la responsabilidad individual.